

den y le santifican, y Poltrot como Clemente son glorificados como mártires y comparados á los Aod y á las Judith. No hay diferencia alguna entre los ortodoxos y los herejes. Segun los católicos, los príncipes que persiguen la santa Iglesia son tiranos á quienes puede matar legítimamente un fanático cualquiera. Segun los protestantes, los príncipes que persiguen el santo Evangelio son tiranos á quienes es lícito sacrificar por la gloria de Dios. Y como en aquella edad de intolerancia todos los príncipes eran perseguidores siendo ese su derecho y su primer deber, resulta de ahí que todos debían ser sacrificados. Pero no eran solo los reyes los que perseguían; la religion podía tener y tenía enemigos más temibles; de una parte los Guisa, de otra los Colligny, pues todos estaban de antemano condenados á muerte. Y aún se necesita ir más léjos; si el asesinato de los jefes es legítimo y sagrado ¿por qué no había de ser lícito y glorioso el asesinato en masa de todos los enemigos de Dios? Este razonamiento horrible es el que ha inspirado la *Saint-Barthélemy* y la conspiracion de la pólvora. En definitiva, la sociedad llega á ser un vasto campo de carnicería donde se mata sobre seguro á cuantos enemigos se encuentran y no pueden defenderse. Pero esos enemigos tienen el mismo derecho; una *Saint-Barthélemy* protestante sería tan legítima como la *Saint-Barthélemy* católica, y hé nos aquí engolfados en una carnicería universal. ¡Y esa doctrina se la hacía derivar en el siglo XVI de la Sagrada Escritura y de la palabra de Dios! Si esos crímenes no hubiesen sido más que individuales, sería necesario limitarse á condenar el fanatismo. Pero cuando los crímenes tienen su raiz en una falsa creencia, es ésta la que hay que condenar; es por consiguiente, la idea de la revelacion y la sagrada Escritura las que son culpables. Es ese error funesto el que hay que repudiar (a).

N.º 2.—La crueldad religiosa.

Si falsas creencias han extraviado los ánimos hasta el punto de que el asesinato haya sido celebrado como una accion santa, se concibe qué in-

(a) El error de que hay que apartarse y en el que no debiera incurrir Laurent es el de confundir los abusos y las torcidas aplicaciones de una doctrina con la doctrina misma. Y en todo lo que nos ha referido aquí era bien fácil distinguir y separar lo uno de lo otro.—(N. del T.)

fluencia no debieron ejercer en las guerras de religion. Las guerras, tales como se hacían en el siglo XVI, fomentaban por sí mismas las malas pasiones del hombre. ¿Qué no llegarían á ser cuando la religion acudía en apoyo de tan funestos instintos? Un hombre que ha visto de cerca las preocupaciones religiosas, *Bayle*, dice "que el fanatismo quita hasta la conciencia y los remordimientos del crimen, porque los culpables creen prestar un servicio á Dios," (1). ¡De qué excesos no llegarán á ser capaces conciencias así perturbadas! Se hace una horrible confusión de todo cuanto hay en el alma humana de más sublime y más divino y de cuanto en ella se encuentra de más hediondo y más vil. Y ¡cosa horrible! lo divino no sirve más que para justificar lo vil. Crueldades dignas de un salvaje son cometidas para la mayor gloria de Dios. Esa alucinacion hay que tenerla en cuenta cuando se leen los relatos de testigos oculares acerca de las guerras religiosas de Francia. Á cada instante se ve uno tentado á maldecir al hombre ó á aborrecerle; no hay más que un medio de reconciliarnos con nuestra naturaleza imperfecta; ser indulgentes con los individuos y severos con las doctrinas (a); es necesario hacer esfuerzos para perfeccionar las creencias; porque si el hombre es imperfecto, también es perfectible. Qué el progreso sea nuestro consuelo respecto de lo pasado y nuestra esperanza para el porvenir.

La crueldad religiosa no es peculiar de los católicos, sino que es también de los protestantes. Se ha dicho que el genio duro y cruel de Calvino ins-

(1) *BAYLE, Diccionario crítico*, en la palabra *Vorstius*, nota K.
(a) Nos parece que en ese pretendido aforismo hay exceso de filantropía y falta de sentido moral. ¿Qué! Lo que es obra de la imperfeccion del hombre, es decir, de sus flaquezas, de sus pasiones, y, si se quiere, de su perversidad, ¿ha de atribuirse á las doctrinas para disculpar á los hombres? Si no fuera completamente absurda, sería criminal semejante pretension. ¿Qué doctrina hay que en su espíritu y en su letra aconseje y persuada el mal? Doctrina religiosa en su esencia, no conozco ninguna. Pero falsa aplicacion de la doctrina, por error, por flaqueza ó por satisfacer los desordenados apetitos y las pasiones vehementísimas del hombre... de eso está llena la historia, y el mundo ofrece ejemplos a cada paso. Cuando hay pasion, hay extravío del juicio, hay perversión y desviacion de la voluntad; y la voluntad pervertida tuercen lo más derecho y hace de lo más santo, medio, instrumento ó cobertera del mal. No, no hacen las doctrinas malos á los hombres: son los hombres malos los que tuercen las doctrinas y las envenenan para convertir las en instrumento ó en salvaguardia de sus pasiones.—(Nota del Traductor.)

piró las crueldades de los hugonotes y encendió despues las de los católicos por el contagio del mal ejemplo, y se ha citado la carta de Renato de Francia al reformador de Ginebra, que dice: "No he olvidado lo que me habeis escrito respecto á que David odió á los enemigos de Dios con un odio mortal, y pienso no contravenir á eso en nada, porque cuando llegase á saber que el rey mi padre y la reina mi madre, y que mi marido y todos mis hijos eran réprobos ante Dios, estaría dispuesta á odiarlos con odio mortal y á desearles el infierno," (1). Hé aquí á no dudar el feroz espíritu del Antiguo Testamento en todo su bello ideal. Pero obsérvese bien, ese no es todavía más que el odio teológico. Hay en el hombre tantas contradicciones, que ese mismo odio puede conciliarse con la humanidad y con la caridad; y los mismos hugonotes nos suministran la prueba: el espíritu que los animaba al principio de las guerras civiles era profundamente religioso, pero no era cruel. Júzguese por esta bella oracion que constituía el rezo diario de los soldados de Condé:

"Dios nuestro, Padre y Salvador nuestro, ya que has querido dispensarnos la gracia de dejarnos pasar la noche y hacernos ver el día presente, haznos ahora la de que le empleemos todo en tu servicio, de tal modo que nada pensemos, digamos ni hagamos que no sea para complacerte y para obedecer tu santa voluntad, á fin de que, por este medio, todas nuestras obras sirvan de gloria á tu corazon y de buen ejemplo á nuestros prójimos. Así como haces brillar el sol sobre la tierra para iluminarnos corporalmente, ilumina también con la luz de tu espíritu nuestros entendimientos y nuestros corazones, para que los dirijamos por la vía recta de la justicia, y danos tu santa proteccion hasta el último día de nuestra vida..."

„Y toda vez, Señor, que nuestra fragilidad pudiera ser causa de que sin tu auxilio especial abusáramos fácilmente de las armas que nos has puesto en la mano, te rogamos humildemente te dignes dirigir unas y otras conforme á las enseñanzas de tu santa palabra, para que, contentándonos con nuestros haberes y viviendo con sobriedad y modestia, sin alborotos, sin riñas, merodeos ni blasfemias, pillerías ni otros excesos, nos encaminemos

(1) *L. BLANC, Hist. de la Revolución francesa*, t. I, p. 61 (edicion de Méline).

por la senda de tu santo temor, á fin de que podamos emplear las armas para el fin á que nos has llamado y no para soltar la rienda á ninguna mala pasion, sino sólo para mantener la gloria de tu nombre, con el servicio de nuestro rey, y para la conservacion de nuestra patria, con tranquila conciencia. Y si te agrada, Señor, el que vengamos á las manos, protestamos ante tí, gran Dios de los ejércitos, que desearíamos mucho más vivir en paz que manchar nuestras manos con sangre humana; pero que si es necesario hacerlo para ejecutar tus santos juicios, te suplicamos que te dignes no imputarnos la muerte de aquellos que entregues en nuestras manos, permitiendo que derramemos hasta la última gota de nuestra sangre por obtener completa victoria de tus enemigos y los nuestros, á fin de que tu santo nombre sea glorificado en nosotros y conservadas tus pobres iglesias, nuestro rey y nuestro reino bajo tu santa proteccion," (1).

Bellas palabras, en efecto, y gran sentimiento cristiano; pero aunque cristiana, ó tal vez por serlo, la oracion de los calvinistas no carece de peligro. Al combatir por su fe, los cristianos se creían con harta facilidad los soldados de Dios, y confundían á sus enemigos con los enemigos de éste; una vez arraigada esa funesta conviccion en hombres incultos y rudos, todos los excesos eran legítimos á sus ojos; y es esto tan cierto, que los hugonotes cometieron horribles crueldades, de cuya historia se hizo una coleccion titulada: *Teatro de las crueldades de los herejes de nuestro tiempo*. Verdad es que los compiladores no merecen entera fe por su apasionamiento; pero también es imposible que todo sea invencion; los colores están sobrecargados, pero los hechos son efectivos. Referirémos algunos de ellos, porque es bueno ver hasta qué excesos lleva el celo cristiano:

"En la parroquia de Chaseneuil, los hugonotes cogieron un cura llamado Fayard, hombre, segun el testimonio de los habitantes de aquel punto, muy bueno y virtuoso, y le metieron las manos en una caldera llena de aceite hirviendo, y por tanto tiempo lo hicieron, que al fin su carne cocida se separó de los huesos y se cayó; y no contentos con tan cruel tormento, le echaron también en la boca aceite hirviendo, y al ver que ni aún

(1) *Memorias de Condé*, t. III, p. 262.

así terminaba su vida el mártir, le fusilaron., „
“Cogieron á otro sacerdote llamado Guillebaut, al cual, despues de haberle cortado sus partes pudendas, le encerraron en un cofre taladrado de clavos, y despues echaron sobre él tanta cantidad de aceite hirviendo, que le dieron muerte por medio de aquel tormento., „

“En San Macario, pueblo de la Gasconia, abrían el vientre á los sacerdotes, y poco á poco arrollaban las tripas de aquéllos en sus bastones. La impudencia de un hugonote fué tal, que se hizo una cadena con orejas de sacerdotes, y la llevaba públicamente al cuello, gloriándose de ello ante los jefes del ejército., „

El autor termina con esta reflexion: “Esos y otros parecidos ejemplos bastarán para advertir á los sabios, que, conociéndose el árbol por sus frutos, eviten el mismo mal, y para dar remordimientos de conciencia á los inicuos, si queda en ellos alguna esperanza de arrepentimiento., „ (1). Si hay que juzgar el árbol por sus frutos, no será solamente la Reforma la que deba ser condenada, puesto que los católicos no fueron menos crueles que los hugonotes. Los reformados tuvieron un jefe cuyo nombre recuerda una ferocidad de tigre, así como su fisonomía los rasgos de un ave de rapina (2): el baron de Adrets es un tipo de ferocidad y de destruccion; *Brantome* dice “que se le temía más que á una tormenta cuando descarga sobre un sembrado., „ *D'Aubigné* le preguntó “por qué ejercía crueldades tan impropias de su gran valor., „ Oigamos la respuesta del feroz guerrero: “Nadie ejerce crueldad al devolverla; las primeras se llaman crueldades, las otras justicia., „ Sobre esto pronunció un discurso horrible, en que refirió más de cuatro mil asesinatos, cometidos á sangre fria por los católicos, y porcion de suplicios inauditos, y despues dijo: “Que él los había devuelto en mucha menor cantidad, por consideracion á lo pasado y al porvenir: á lo pasado, mediante á que no podía sufrir, sin acusarse de cobardía, los tormentos dados á sus fieles compañeros; y al porvenir, porque había dos consideracio-

(1) Archivos curiosos de la historia de Francia, série 1.ª, tomo VI, páginas 302-303.

(2) DE THOU, que conoció ya muy viejo al baron de Adrets, pero todavía fuerte y vigoroso, dice que tenía la mirada feroz, la nariz aguileña, el semblante enjuto y descarnado y lleno de manchas como de sangre negra, tal como se pinta á Sila.—*Memorias de DE THOU.*

nes que ningun capitán podía olvidar: la primera, que el único medio de hacer que cesáran las barbaridades de los enemigos era el tomarles represalias; y la segunda, que no hay nada tan peligroso como mostrar á sus partidarios imparidad de derecho y de personas; porque cuando hacen la guerra con respeto bajan la frente y achican el corazon; en una palabra, que no se puede enseñar al soldado á que eche á un mismo tiempo mano á la espada y á la gorra., „ (1). A oír á este terrible jefe de los hugonotes, las crueldades que se les atribuyen no habrían sido más que represalias, y, por consiguiente, actos de justicia. Los hechos que vamos á referir dan algun peso á esa justificacion. La curiosa apología del baron de Adrets nos demuestra una cosa que la historia confirma demasiado, y es la de que las guerras de religion son por esencia malas guerras. En las hostilidades entre diversas naciones, ya hemos visto lo que se entendía por buena guerra, cuando el sentimiento de humanidad se despertaba hasta en los campos de batalla. Pero en las guerras de religion no podía suceder eso, porque eran guerras á muerte. El baron de Adrets da algunas razones militares para explicar esa crueldad, pero no la explica. Si no hay piedad para los vencidos, es porque son enemigos de Dios; de suerte que, cuanto más religioso es el vencedor, si es lícito emplear esa palabra sagrada para demostrar un ciego fanatismo, más cruel se hace la guerra. Sabidos son los horrores de la guerra santa que el pueblo de Dios hizo á los habitantes de la Palestina. Aquellas atrocidades se renovaron en el siglo XVII en la guerra de exterminio que los presbiterianos ingleses hicieron en Irlanda contra los insurgentes católicos. El odio que inspiraba el nombre irlandés no basta á explicar la crueldad de los soldados de Cromwell, porque no fueron menos crueles en Escocia, donde llevaron el olvido de los sentimientos de humanidad hasta el punto de vender á los prisioneros como esclavos; y este es el único rasgo de humanidad que se ve en aquellas horribles luchas; porque ordinariamente no se daba cuartel á los vencidos, y se les degollaba á sangre fria. Y ¡cosa horrible! eran los ministros de Dios los que predicaban el asesinato, y se enfurecían contra aquellos que flaqueaban en la obra del Señor; con la Biblia

(1) D'AUBIGNÉ, *Hist. universa*, lib. III, c. XI (t. I, p. 155).

en la mano repetían las órdenes sanguinarias que allí se ponían en boca de Dios: *No tendrá piedad tu ojo, y no perdonarás á persona alguna* (1). ¡Siempre la revelacion, siempre la palabra de Dios invocada para llevar á los hombres á la destruccion de sus semejantes!

II.

Apénas comienzan las guerras de religion en Francia, los católicos se entregan á salvajes crueldades; referiremos algunos hechos entre los infinitos que refiere Teodoro de Beza, de quien los tomamos, porque, aunque algo sospechoso como calvinista, fué contemporáneo, y cuando cita las victimas por sus nombres y apellidos es difícil creer que las invente. Por otra parte, sólo los verdugos podrían imaginar los tormentos que vamos á referir: “Entre aquellos desórdenes se cometieron horribles crueldades que voy á describir aquí con toda verdad. Una tal Margarita, mujer de Juan Olivier, que había dado á luz hacía cuatro días, fué arrancada del lecho y arrastrada hasta el portal por los soldados; y como la pobre madre trataba de cobijar entre sus brazos lo mejor que podía á su hijo, se le arrancó y se le estrelló contra la pared, pronunciando estas palabras: *Por la muerte de Dios hay que acabar con la raza de estos hugonotes.*, „ (2).

“Habiendo entrado en la ciudad los sitiadores, comenzaron á matar hombres, mujeres y niños sin consideracion alguna, con crueldades las más horribles que nunca jamas se habían cometido. Entre otros, dieron muerte á un tal Pedro Andres y á su mujer, y hasta un chico que tenían consigo, poniéndoles despues desnudos sobre el suelo y colocando al marido sobre la mujer por oprobio. Mataron tambien á otra pobre mujer que estaba dando de mamar á un niño, y á una y otro los atravesaron con una alabarda. El señor de Renepont encontró un niño de seis años; y despues de haberle hecho rezar el Padre nuestro en frances, juzgando que era de la religion, le hizo dar muerte ante su vista diciendo que era mejor matarle de niño que esperar á que se hiciera grande. Una pobre mujer llena de miseria fué tambien degollada, y un pobre niño en el regazo de su madre. Dieron muerte á otras mu-

chas mujeres, no pocas de las cuales estaban embarazadas. No contentos con eso, los verdugos abrieron á muchas de sus victimas el estómago, y llegaron á arrancar el corazon de una de aquéllas, mordiéndole con los dientes y pasándole de una en otra mano, diciendo que querían comer el corazon de un hugonote ántes que acabase de morir. Un jóven llamado Rolot, hijo del procurador del rey, fué ahorcado á instancia de su propio padre, áun cuando algunos le quisieron salvar., „ (1).

“Despues de haber entrado en la ciudad los enemigos, no hubo crueldad que no cometiesen, no perdonando sexo ni edad, sano ni enfermo; porque en cuanto á los hombres, dieron muerte hasta los octogenarios y áun algunos paralíticos que yacían sin moverse en sus lechos; ¿qué más? entraron en el hospital y mataron á todos los pobres, sin exceptuar uno solo. En cuanto á las mujeres doncellas ó casadas, embarazadas ó no, dieron muerte á gran número, colgando á muchas de aquéllas de las ventanas y galerías, y fusilando á otras que tenían á sus pequeños en los brazos. No solamente mataron, sino que cometieron todo género de crueldades haciendo morir á los unos á fuerza de golpes y estocadas, arrojando á otros sobre las puntas de las alabardas, y colgando á algunos de la barba de las llaves de las chimeneas y haciéndoles quemar, cortando á otros sus partes genitales, y, lo que es más, poniendo en las de las mujeres muertas astas y guijarros, y metiendo salmos y otros libros de la Sagrada Escritura en las heridas de los hombres muertos., „ (2).

Se ha dicho y repetido como un axioma que la religion ha suavizado la ferocidad de las guerras. Los anales del siglo XVI dan un mentís en cada página á esa glorificacion del cristianismo (a) Ma-

(1) DE BEZA, *Hist. eclesiástica*, lib. VII (t. II, p. 386).

(2) DE BEZA, *Hist. eclesiástica*, lib. XII (t. III, p. 282).

(a) El autor pierde los estribos cuando se ocupa de su *delenda Cartago*. ¿Qué culpa tiene el cristianismo de las guerras religiosas y de sus atrocidades, siendo así que su doctrina proclama la paz y la caridad, la libertad y la fraternidad? ¿Qué doctrina hay más contraria, más decididamente opuesta que la cristiana á toda clase de guerras? Las guerras religiosas son fruto de la desviacion, de la violencia de aquella doctrina, desviacion que ha engendrado la intolerancia y con ella la supersticion y el fanatismo, á cuya sombra crecieron pretensiones de dominacion y poderes absorbentes y abusivos. La protesta contra esos poderes y pretensiones produjo la lucha que fomentaron y exageraron otras ambiciones y otros poderes. ¿Qué tiene todo esto que ver con el cristianismo? El autor en esta cuestion es tambien víctima de un fanatismo de otro género. Y es preciso evitar que haya fanáticos, porque no es menos funesto ese género de fanatismo que el otro.—(N. del T.)

(1) BURNET, *Hist. de nuestros días*, t. I, p. 81 (coleccion de GUIZOT).

(2) DE BEZA, *Hist. eclesiástica*, lib. VII (t. II, p. 386).